



EL PRIMER TEMPLO

ELOY ROCA

viceversa thriller

EL PRIMER TEMPLO

EL PRIMER TEMPLO

Eloy Roca

 **viceversa**
EDITORIAL



www.editorialviceversa.com

Advertencia: Los personajes y situaciones retratados en esta novela son por completo ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

© Eloy Roca, 2009

© Editorial Viceversa, S.L., 2009

Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

Primera edición: octubre 2009

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-92819-08-9

Depósito legal: M-37734-2009

Impreso por Dédalo Offset, S. L.

ÍNDICE

Las cuentas del ahorcado	9
Sangre sobre la nieve	29
Los pecados de nuestros padres	65
El mal entre nosotros	96
El código Beale	133
Una muerte púrpura	174
Los santos lugares	211
La monja repostera	236
El primer templo	265
Caída del cielo	300
Su Santidad	323
Epílogo	350

A Claudia

*Porque Él me esconderá en su tabernáculo el día del mal,
me ocultará en lo reservado de su morada;
sobre una roca me pondrá en alto.*

Salmos, 27:5

*El primer templo que se fundó para los hombres fue ciertamente el de Bakka,
casa bendita y dirección para todos.*

El Corán, Sura 3:96

Las cuentas del ahorcado

Al abrir la ventana de la celda, la sombra del ahorcado se proyectó sobre la pared blanca como un reloj de sol macabro. El cardenal Jovellanos se sentó en el alféizar para recobrar el aliento. Los años no le habían hecho sólo más sabio, sino también más viejo, y aunque la muerte ya no le impresionaba como en otros tiempos, vivía en palacios con pocos ascensores y demasiadas escaleras. Mientras se apaciguaba su agitada respiración, Jovellanos pensó que en sus muchos años al servicio del Vaticano éste era el primer sacerdote que encontraba ahorcado. Recordaba un caso de sobredosis de somníferos y a un joven polaco que se había abierto las venas con tan poca convicción que se salvó cuando los demás sacerdotes de la residencia en la que se alojaba, cansados de esperar a que saliera del único baño de la planta, forzaron el pestillo a empujones. El pobre diablo estaba tan avergonzado que escondió las muñecas para que no las vieran sus compañeros, como si pudieran dejar de ver el rojo intenso del agua de la bañera.

Jovellanos contempló al ahorcado con detenimiento. Un hombre más bien joven, de unos treinta y cinco años, blanco, rubio, de pelo rizado y mórbidamente obeso. Sacó del bolsillo una bolsa de tabaco y se lió un cigarrillo. Lo encendió y dio una calada. El humo se enredó alrededor del muerto como una bruma espectral. El guardia suizo que custodiaba la celda, el mismo que había descu-

bierto el cadáver, llamó a la puerta y anunció al forense. Jovellanos le franqueó el paso con un gesto.

El forense echó un vistazo preliminar al cadáver y fue directamente hacia Jovellanos. Se quedó en pie junto al cardenal, dejó su maletín en el suelo y se apoyó contra la pared.

—¿Qué tal está hoy su eminencia?

—Hasta hace un rato —contestó Jovellanos—, no demasiado mal.

—No debería fumar hasta que hayamos acabado —dijo el forense—. La ceniza podría contaminar la escena.

Jovellanos se quedó mirando al muerto. Siguió fumando en silencio.

—Será mejor —dijo al fin el médico— que empiece.

—Será mejor —asintió Jovellanos.

El forense abrió la ventana y Jovellanos tiró su colilla fuera. La corriente de aire agitó las cortinas e hizo oscilar ligeramente al ahorcado, cuyo rostro se volvió hacia los dos hombres mirándoles con ojos de azul muerto. Con la ayuda del guardia suizo y de Jovellanos cortaron la cuerda y dejaron el cadáver tendido sobre el suelo de la celda. El cuerpo estaba frío. Con la experiencia que da la rutina, el forense cortó la sotana con sus tijeras quirúrgicas y apartó ambos lados de la prenda, dejando al descubierto el torso del cadáver y su voluminosa barriga. Extrajo la cartera de uno de los bolsillos y se la ofreció a Jovellanos. El cardenal la rehusó y levantó las manos desnudas: no pensaba tocar nada sin guantes. El forense suspiró, metió la cartera en una pequeña bolsa de plástico que dejó sobre la pelvis del muerto y sacó dos guantes de plástico de su maletín. Jovellanos se los puso, tomó la bolsa y abrió la cartera. Encontró un carné de conducir estadounidense del estado de Massachusetts con la fotografía del muerto que lo identificaba como Brian Hargadon y daba una dirección de Boston.

El cardenal regresó al alféizar y siguió examinando el contenido de la cartera. Un par de tarjetas de crédito, una tarjeta de la seguridad social, una tarjeta de un restaurante romano bastante cono-

cido, unos pocos euros en billetes y algunas monedas. Jovellanos depositó todo cuidadosamente sobre la bolsa de plástico. Palpó el forro de la cartera y detectó un papel. Al girar la billetera vio un bolsillo cerrado con velcro que se le había pasado por alto. Lo abrió y extrajo un papel con un párrafo impreso.

«La gran Babilonia es de nuevo cuna de vicios. Se baña en la sangre de los mártires y la bebe como vino. Los fieles gimen y la Bestia triunfa sobre la tierra mientras los siervos del Señor guardan silencio hasta el día en que la cólera de Dios Todopoderoso destruirá el primer templo y los justos exterminarán por el fuego y el azufre a los que no temen al Señor.»

Bajo el texto había una pequeña cruz dibujada con una esvástica sobre ella de modo que los ejes de ambas coincidían y la esvástica formaba una especie de aspas de molino sobre la cruz cristiana. Jovellanos hizo una mueca de disgusto. Conocía bien aquella mezcla de lenguaje bíblico y discurso xenófobo. Su departamento dedicaba muchos esfuerzos a combatir a esa clase de elementos radicales dentro de la Iglesia, la mayoría, sacerdotes jóvenes del este de Europa que no habían conocido los horrores del nazismo pero sí la opresión soviética. Sin embargo, había creído que todos esos grupos estaban bajo control. No imaginaba qué relación podrían tener con este sacerdote ni cómo podrían estar implicados en su muerte.

Levantó la vista mientras el forense retiraba la cuerda del cuello del difunto y realizaba un examen preliminar al cadáver. Cuando terminó, guardó su instrumental en su maletín, se levantó y se volvió hacia Jovellanos.

—¿Qué debo poner en el informe? —preguntó.

—El padre Hargadon resbaló al salir del baño, se golpeó contra un mueble y falleció al romperse el cuello —dijo Jovellanos sin dudarle un instante—. Un desgraciado accidente. Haga que el informe llegue a la oficina de prensa lo antes posible.

—Perfecto. Mi otro informe le llegará en la valija interna.

—¿Algo que se me pueda haber escapado?

—Dudo que a un hombre de su experiencia —dijo el forense dándose la vuelta— se le haya pasado algo por alto. Habrá que esperar a los análisis a ver si hay tóxicos, pero por lo demás, estoy seguro de que no habrá nada en mi informe que le sorprenda. Eso sí, varios guardias suizos han visto el cadáver. Correrán rumores de que ha sido un suicidio.

—Como siempre, pero por una vez está bien, no me importa. Quiero que el asesino crea que está seguro. Si está convencido de que no le buscamos, se confiará y cometerá errores. Es fundamental que el contenido del informe que me va a enviar quede entre nosotros.

El forense asintió y salió de la celda. Jovellanos miró el cuerpo tendido en el suelo. Desde el primer momento en que vio el cadáver sospechó que aquel hombre no había muerto ahorcado. No había charco de orina en el suelo ni el olor a heces característico de los ahorcados al aflojarseles los esfínteres. Podía haberse desnucado con el impulso de la caída, lo que explicaría la ausencia de orina y heces, pero la viga de la cual colgaba estaba tan baja que resultaba imposible que hubiera conseguido partirse el cuello en la caída. Por último, tenía las manos libres: ni el más tenaz de los suicidas hubiera podido resistir la tentación de llevárselas a la garganta y aflojar el nudo. Su cuello, además, estaba intacto: no mostraba ni las rozaduras que debería haber dejado la cuerda, ni los arañazos que hubieran delatado un intento de quitársela ni, mucho más significativo, ningún desgarró en la carne, que era lo menos que podía esperarse dado el peso de aquel sacerdote. El propio hecho de que llevara la cartera en el bolsillo era extraño en un suicida. ¿Para qué la iba a necesitar allí donde iba?

Aquella misma tarde la oficina de prensa del Vaticano difundió la versión oficial de la muerte de Hargadon. Los periódicos italianos, ávidos de escándalos, hablaron con guardias suizos y con algunos compañeros del muerto y publicaron que se trataba de un suicidio y que el Vaticano trataba de ocultarlo. A primera hora del día siguiente Jovellanos recibió el informe forense: ni una huella, ni un cabello, ni la menor pista. Hargadon había llegado al Vaticano junto al cardenal Patrick Bloom, un purpurado estadounidense de ascendencia irlandesa

que pasaba más tiempo en Roma que en su patria. Jovellanos habló con él, pero no le resultó de mucha ayuda. Hargadon, le dijo Bloom, era un joven introvertido que dedicaba todo su tiempo a su tesis sobre las cruzadas.

Jovellanos rastreó sistemáticamente todos los contactos que Hargadon había mantenido en el Vaticano durante los seis meses que llevaba residiendo allí, pero no halló nada a lo que aferrarse. Mientras el alma de Hargadon reposaba en la gloria eterna de Dios, su rastro en la Tierra se desvaneció hasta que lo único que quedó de él fue el remordimiento en el pecho de Jovellanos, el cual hizo lo único que se podía hacer en esos casos: dejó la carpeta de la investigación sobre su escritorio y esperó. Tarde o temprano el asesino cometería un error. Y la Santa Alianza estaría allí para atraparlo.



Un buen contable sabe que las cuentas nunca cuadran. Siempre hay que tener a mano una partida de «varios» en la que, a modo de cajón de sastre, meter esa comida injustificable o ese capricho extra. Esta regla de oro de la contabilidad moderna se aplica tanto a la pequeña tienda de la esquina como a la gran corporación multinacional. Y, por supuesto, no escapan a ella las finanzas de los estados. Fondos de reptiles, fondos reservados, partidas confidenciales o discrecionales: bajo estos u otros nombres aparece el mismo concepto en los presupuestos de todas las naciones.

A eso le daba vueltas el contable Storchi mientras repasaba las columnas de números en la pantalla del ordenador. Era un monitor antiguo y un poco borroso que le obligaba a forzar la vista, porque el estado que había contratado a Storchi era muy viejo y, como la mayoría de los ancianos, había sucumbido al vicio de la avaricia. Pero para Storchi trabajar en el Vaticano tenía sus ventajas. Las partidas acostumbraban a encajar sin dificultad, los cardenales no complicaban demasiado las cuentas y las operaciones importantes del Banco del Vaticano no pasaban por él sino que estaban en

manos de religiosos de confianza. Así pues, aunque el sueldo era bajo, el trabajo era sencillo y tenía la ventaja añadida de permitirle comprar en las cooperativas vaticanas, con lo que a fin de mes acababa quedándole más dinero que a su primo, que trabajaba en el Ministerio de Hacienda italiano, a seis manzanas de allí.

Por eso estaba revisando de nuevo los números a las siete menos cuarto, a pesar de que su jornada terminaba a las seis y de que llevaba quince años cumpliendo el horario a rajatabla. Porque si las cuentas no cuadraban porque faltaba un puñado de euros, no pasaba nada —para eso estaba la partida de varios—, pero si las cuentas no cuadraban porque faltaban veinte millones de euros, había un problema.

Storchi se levantó y fue a la oficina del supervisor, monseñor Santini, al que todos en el departamento de contabilidad llamaban «el Búho» por su cara redonda y sus quevedos de inverosímiles dioptrías. Fiel a su reputación, Santini escrutó los números con detenimiento, carraspeó, volvió a concentrarse en la página, gruñó y finalmente levantó la vista y dijo:

—Esto no puede estar bien, Storchi.

El contable arrugó la nariz. Ya era tarde y no quería tener que volver a repasar el balance. Mirando de reojo el reloj en la pared del despacho de Santini, dijo:

—Lo he comprobado varias veces, monseñor, y no encuentro explicación. El dinero no está ahí.

—En alguna parte tiene que estar. Algún ingreso se habrá contabilizado en otro libro.

—Monseñor, he comprobado todas las cuentas y, más o menos, todos los libros cuadran excepto el mío.

—Déjeme encima de la mesa una copia de todo. Mañana veremos qué ha pasado.

Storchi salió del despacho, apagó su ordenador, guardó sus gafas en el estuche, el estuche en su maletín, recogió su abrigo del perchero y echó a andar hacia la plaza de San Pedro. Santini esperó a que hubiese cerrado la puerta y salido de las oficinas antes de descolgar el teléfono.

- Un contable lo ha descubierto. Sólo puedo pararlo unas horas.
- Está bien. Sigue el procedimiento normal en estos casos.
- Lo habitual es comunicar lo sucedido al secretario de Estado, al Banco Vaticano y a la Santa Alianza.
- Así pues, ya sabes lo que tienes que hacer.
- Pero Maestro, la Santa Alianza investigará...
- No podrán hacer nada. Dentro de poco todo habrá acabado.



El despacho del cardenal Fernando Jovellanos era pequeño y no tenía ventanas. En el escritorio, una marea de papeles, volúmenes y carpetas que se interrumpía sólo en el espacio frente al teclado del ordenador, el único lugar en el que la superficie de madera de roble de la mesa no estaba cubierta por varias capas de desorden.

Jovellanos levantó la vista del dossier que estaba leyendo y la fijó en la reproducción de un retrato de Pío V que colgaba en la pared tras su mesa. Era una copia de un cuadro de un pintor menor y desconocido del siglo XVI. Lo escogió entre muchos otros retratos de aquel papa porque el anciano aparecía particularmente feo. Vestido con gorro y capa roja ribeteada de blanco, con los ojos hundidos, la nariz enorme y ganchuda, el ceño fruncido y la barba blanca desordenada y rala, el anciano papa tenía un aspecto entre desagradable y amenazador. Paradójicamente, había pasado a la historia del papado como asceta y hombre de gran fervor religioso. Jovellanos sabía que se le recordaba por haber fraguado la Santa Liga con la monarquía española y con Venecia, la alianza que consiguió la victoria en la batalla de Lepanto y puso freno al dominio turco en el Mediterráneo. Había muchos cuadros que mostraban cómo Dios había guiado a Pío V a aquella gran victoria, pero Jovellanos no había escogido ninguno de ellos.

El cardenal prefería aquel retrato de mirada taimada y siniestra porque, después de todo, Pío V no fue sólo asceta, inquisidor y el Papa de Lepanto. En 1566, el mismo año en que promulgó el primer

catecismo romano, había fundado la institución que ahora dirigía Jovellanos. Y el Papa que había fundado la Santa Alianza, probablemente el servicio de espionaje más antiguo del mundo, no podía ser el anciano devoto y espiritual que se mostraba en todas las demás obras, sosteniendo su catecismo o dando gracias por la victoria militar contra el turco. El papa que fundó la Santa Alianza tenía que ser el cabrón astuto que aparecía en ese retrato que colgaba en su despacho. La primera tarea que Pío V encomendó a sus espías fue acabar con la vida de la hereje Isabel I de Inglaterra y conseguir el trono de aquel país para la católica María Estuardo. Fracasaron en esa misión, pero triunfaron en muchas otras. Desde sus inicios, la Santa Alianza y su departamento dedicado al contraespionaje, el *Sodalitium Pianum* que fundó Pío X en 1913, fueron el secreto mejor guardado de la Iglesia, un secreto que todos conocían y del que nadie hablaba.

Enterrados en lo más profundo del archivo del Vaticano estaban cinco siglos de operaciones secretas que se entrecruzaban con la historia de Europa y del mundo como una serpiente enroscada en una vara. La Santa Alianza había intervenido decisivamente en la aventura de la Armada Invencible, en el asesinato de Guillermo de Orange y del rey Enrique IV de Francia, en la guerra de Sucesión española, en la Francia de los cardenales Richelieu y Mazarino, en el atentado contra el rey José I de Portugal, en la Revolución francesa, en el ascenso y caída de Napoleón, en la guerra civil norteamericana y en ambas guerras mundiales; por no mencionar la contundente campaña de derribo tras el telón de acero que había llevado a cabo durante la guerra fría. La Santa Alianza había cambiado mucho desde sus inicios. Ahora se la conocía como «la Entidad», o simplemente como «los técnicos», y Jovellanos podía enorgullecerse de que se contara entre los servicios secretos más modernos y efectivos del mundo. Y precisamente esa eficiencia era la que había hecho que todos los dicasterios de la curia se hubieran acostumbrado a recurrir a Jovellanos cuando algo iba mal. Si se sospechaba que un sacerdote molestaba a menores de edad, el informe acababa en el escritorio de Jovellanos. Si se creía que un obispo tenía más relación de la pastoralmente adecuada con los miembros de

alguna conocida familia de empresarios, el expediente acababa también sobre el escritorio del director de la Santa Alianza. A fin de evitar el colapso de sus agentes, a los que no quería ver actuando como policías de guardería de todos los sacerdotes y funcionarios vaticanos, Jovellanos se encargaba de que de todos los expedientes, informes y acusaciones que llegaban a su escritorio, pocos acabaran en manos de sus agentes.

La carpeta que le acababa de llegar de contabilidad hacía unos instantes era harina de otro costal. Veinte millones de euros requerían atención inmediata. El cardenal descolgó el teléfono y habló con su asistente.

—Carlo, por favor, busca a Gallego y que venga a verme.

Colgó y echó mano a uno de los cajones del escritorio. Nada más abrirlo recordó que esa mañana había decidido por enésima vez dejar de fumar. Suspiró y cerró el cajón. Siguió leyendo y trató de concentrarse en el asunto que tenía entre manos. A pesar de lo espectacular de la cifra que había desaparecido, lo más probable era que sólo se tratara de un error contable. Sin embargo, con semejante importe no podía asignarle el caso a ningún mediocre. Se trataba, además, de una tarea de despacho, lo cual la hacía particularmente adecuada para Gallego. Jovellanos no quería verle tan pronto de vuelta en la calle. No después de lo que había sucedido hacía sólo un par de semanas. Llamaron a la puerta.

—Adelante Enrique, pasa por favor —dijo Jovellanos sin levantarse.

—Su eminencia...

Gallego no se sentó, sino que se quedó en pie como un militar a la espera de órdenes. Conocía bien a Jovellanos y sabía que al cardenal no le gustaba perder el tiempo e iría rápido al grano.

—Los del IOR tienen un problema contable.

La mera mención del Istituto per le Opere di Religione, más conocido como Banco Vaticano, concitó en Gallego sensación funestas y recuerdos de horas de intenso aburrimiento junto a contables que parecían no entender que no todo el mundo compartía su pasión por los números.

—Su eminencia —dijo Gallego—, yo no soy especialista en el Banco Vaticano. Hay otros agentes que saben mucho más del IOR que yo...

—No —dijo Jovellanos—. No se trata de que un obispo le haya cargado al Banco Vaticano su suscripción al *National Catholic Reporter*. Esta vez no encuentran veinte millones de euros.

El cardenal guardó silencio para dejar que la noticia hiciera mella en Gallego. Éste, sin embargo, no dijo nada.

—Aquí está la documentación —prosiguió Jovellanos alargándole una carpeta de cartón azul—. Mira a ver qué pasa. Te concertaré una cita dentro de una hora con el cardenal Schultz, director del IOR. Ve con el expediente aprendido.

—Sí, su eminencia.

Gallego recogió la carpeta y dio media vuelta para salir del despacho.

—Por cierto, Enrique —le dijo Jovellanos cuando todavía estaba en el umbral de la puerta—. Esta vez infórmame personalmente antes de emprender ninguna acción. No quiero otro número como el de Smith.

—Eminencia, usted sabe bien que si no le hubiera interceptado en Roma, lo habríamos perdido.

—Enrique, eres uno de mis mejores hombres. Tienes talento, inteligencia y capacidad de decisión. Pídele a Dios que te dé la paciencia que te falta y algún día llegarás a este despacho. Hubiéramos cogido a Smith en otro momento, en otro lugar. Y el alcalde de Roma hubiera agradecido que no estrelláramos uno de sus autobuses contra un quiosco. Da gracias a que no murió nadie. Entonces ni siquiera yo te habría podido proteger.

—Lo sé, eminencia. Le agradezco sus esfuerzos.

Jovellanos sabía, aunque no pudiera reconocerlo, que la captura de Smith había sido clave para desarticular una red de tráfico de obras de arte que se alimentaba de las piezas que no tenían espacio para ser expuestas en los museos y que se almacenaban en los enormes desvanes de los palacios de la Ciudad del Vaticano. Por ello, a

pesar de que los italianos habían presentado a la Secretaría de Estado una queja formal que había desencadenado la habitual e inofensiva esgrima diplomática, Jovellanos decidió suavizar el tono.

—Gallego, somos hombres de fe. Debes saber siempre que Dios está contigo y guía tus pasos.

Es posible —pensó Gallego—, *pero, en ese caso, es un hecho que Dios no sabe conducir un autobús*. Sin embargo, se limitó a asentir y cerrar suavemente la puerta al salir.

Dentro del despacho, Jovellanos acarició la carpeta que contenía los datos del caso de Hargadon. La tenía sobre la mesa, como hacía siempre con los casos no resueltos para no olvidarlos nunca.

Era inconcebible que se produjeran en el Vaticano con tan pocos días de diferencia un asesinato tan macabro y un desfalco de gran magnitud. No alcanzaba a ver, no obstante, cómo podrían estar relacionadas ambas cosas, pues ni Hargadon ni nadie cercano a él tenían acceso a las finanzas del Vaticano. Se dijo que había hecho bien no mencionándole nada a Gallego sobre el asunto del sacerdote muerto, pues lo último que necesitaba su agente eran excusas para extralimitarse. Se trataba de una casualidad, por lúgubre que fuera; nada más.

Sin embargo, cada vez que sus ojos se posaban sobre la carpeta recordaba que si algo había aprendido en sus muchos años de servicio era precisamente que las casualidades no existían y que los que ignoraban esta regla solían pagarlo con la vida.



Enrique Gallego no tenía en el Vaticano un verdadero despacho. Su celda, si es que así se podía llamar a las dos cómodas habitaciones que ocupaba en el edificio de la Tipografía Vaticana, era también su oficina. Había colocado el escritorio en la pared entre las dos ventanas que daban a la via della Tipografía, una medida de seguridad para protegerse de posibles curiosos que trataran de observarle desde fuera, que quizá fuera excesiva, pero con la que se sentía muy cómodo. Jovellanos le insistía regularmente para que aceptara un escritorio en

las dependencias de la Santa Alianza y Gallego declinaba siempre la oferta. Otra medida de seguridad probablemente excesiva, pero con la que también se sentía cómodo. Siempre había preferido trabajar solo. El Vaticano era un lugar complicado y aunque todas las lealtades llevaban al papa, a menudo lo hacían por caminos diferentes.

Abrió la carpeta azul que le había entregado Jovellanos y empezó a leer. Poco a poco comprendió por qué el cardenal le había asignado aquel caso. Era el típico error de algún funcionario que se tardaría días en corregir y acarrearía montañas de papeleo. Desde el escándalo de Marcinkus, un hombre que había dicho que no se podía «dirigir la Iglesia con avemarías», y que dejó un agujero de más de doscientos millones de dólares en las arcas del Vaticano, cualquier discordancia en las cuentas hacía saltar todas las alarmas. La Santa Sede escarmentó hasta el punto de que el Papa emitió directivas que forzaban a la Santa Alianza a investigar los casos de desapariciones de capital aunque las sumas fueran ridículas. Veinte millones de euros, sin embargo, no era una cifra ridícula. Era una fortuna de las que hacen que un obispo cuelgue los hábitos y huya a Brasil.

La documentación estaba clara. Registros contables, transferencias de fondos, todo rutina vaticana hasta que, de repente, hacía dos días se producía una retirada de veinte millones de euros. Ninguna autorización, ningún registro de destino. El dinero, simplemente, había desaparecido de la cuenta del Vaticano que el IOR tenía en el Banco di Roma del Grupo Capitalia. Siguió revisando. Más extractos contables, más incógnitas sobre el destino del dinero. Cerró la carpeta, se la puso bajo el brazo y salió con ella de su celda. Cruzó la calle y llegó al edificio situado justo enfrente, en el que el IOR tenía su sede. Gallego miró el torreón con la misma desconfianza de siempre. Sabía que se había construido por orden del papa Nicolás V hacía casi seiscientos cincuenta años, con vistas a reforzar las defensas de la Santa Sede si era atacada. Sólo dos guardias suizos custodiaban su entrada de mármol y sus puertas de bronce, prueba fehaciente de que nadie creía seriamente que hoy en día se pudiera producir un ataque armado contra el Vaticano.

Siempre había pensado que era apropiado que el Banco Vaticano se hubiera instalado en aquella torre, una auténtica fortaleza. Después de todo, era lógico que un banco estuviera acorazado y protegido, por mucho que hoy en día el dinero no se encontrara físicamente en sus sótanos. Pero Gallego estaba convencido de que la elección del torreón de Nicolás V como sede del IOR tenía un significado simbólico. Cuando Nicolás V llegó a papa en 1447, la Iglesia estaba sumida en una de sus peores crisis. Un antipapa y un concilio alternativo en Basilea cuestionaban su legitimidad y las arcas vaticanas estaban tan vacías que se temía que aquél fuera el fin de la Iglesia como institución. Nicolás logró que el antipapa abdicara colmándolo de honores y con ello terminó el cisma pero, pensaba Gallego mientras se acercaba al torreón, quizá la historia no lo recordara tanto por eso como porque con él la riqueza y la opulencia regresaron al Vaticano. Para Gallego, Nicolás V fue básicamente un buen negociante y un banquero con talento. Ciertamente luego gastó el dinero en construir aquel torreón y comprar manuscritos para la biblioteca, y que la opulencia económica permitió atraer de nuevo a Roma a todo tipo de artistas, pero Gallego no tenía ninguna duda de que el hecho de que el poderoso Banco Vaticano hubiera elegido aquel edificio para instalar sus oficinas era un homenaje al primer gran banquero de la historia de la Iglesia.

—Padre —saludó uno de los guardias suizos plantado frente a las puertas de bronce.

Pero cordialmente me cierra el paso, pensó Enrique. El IOR, después de todo, era un pequeño reino dentro del reino.

—Soy Enrique Gallego y tengo una cita con el cardenal Schultz.

—Si me permite un momento, padre...

El guardia suizo consultó por el intercomunicador y abrió las puertas de bronce. Dentro le esperaba un presbítero que lo acompañó hasta la mismísima puerta del despacho del director del Banco Vaticano.

—Enrique Gallego —dijo Schultz en impecable italiano—, tenía muchas ganas de conocerle en persona. He oído historias fantásticas sobre usted.

—Dicen que si no puedes librarte del esqueleto que tienes en el armario, lo mejor es sacarlo a bailar.

Schultz sonrió.

—Quizá sea así, padre —y, sin perder la sonrisa, continuó—: ¿Qué le trae por estos pagos? Creía que alguien como usted encontraría el Banco Vaticano muy aburrido.

—El cardenal Jovellanos me ha encargado que investigue una irregularidad que ha detectado el departamento de contabilidad. Al parecer han desaparecido veinte millones de euros de las arcas vaticanas.

—¡Veinte millones! —exclamó Schultz asombrado—. Seguro que es un error.

—El dinero salió de una cuenta en Capitalia antes de ayer a las once de la mañana. ¿Puede su eminencia disponer de alguien que me ayude a investigarlo?

—Por supuesto —dijo el cardenal, de cuyo rostro había desaparecido cualquier indicio de sonrisa—. Pondré a uno de nuestros mejores financieros a sus órdenes.

Schultz descolgó el teléfono y llamó a uno de sus empleados. Al poco tiempo un hombrecillo de unos cuarenta años, enjuto y calvo, al que sólo le faltaban unas gafas para ser el prototipo del empleado de banca, entró en el despacho del cardenal.

—Luigi —dijo Schultz—, ha sucedido algo muy grave. Por favor, ayuda al padre Gallego en todo lo que te pida.

El hombrecillo asintió y miró solícito a Gallego. Salieron del despacho del director del IOR y recorrieron los pasillos del edificio hasta llegar a un pequeño cubículo en el que apenas cabían un escritorio y la ventana que daba a la columnata de la plaza de San Pedro. Gallego le entregó al tal Luigi la carpeta con la información de los contables. El financiero la estudió unos minutos y súbitamente se puso a teclear como un poseso en el ordenador. Gallego esperó de pie junto a él mientras pasaba pantalla tras pantalla de bancos y revisaba listados y cuentas. Al cabo de un cuarto de hora empezó a cansarse.

—Si no le importa, me sentaré en el suelo —le dijo al hombre-cillo.

El financiero pareció no oírle y siguió tecleando y mirando, mirando y tecleando. Gallego se sentó en el suelo, descansó la espalda contra la pared y esperó. Trató de dormir un poco, pero el constante golpeteo de los dedos contra el teclado le impedía conciliar el sueño. El asunto estaba resultando todavía más aburrido de lo que había imaginado.

—¡Aquí está! —dijo finalmente el hombrecillo, después de más de una hora.

—¿Aquí? —preguntó Gallego levantándose del suelo y estirándose—. Aquí ¿dónde?

—¡Aquí, hombre de Dios! ¿Es que no lo ve?

Gallego volvió a mirar al hombre y luego a la pantalla, en la que se veía un código de cuenta corriente y un saldo de cero.

—¿En esa cuenta? Ahí no hay nada.

—No hay nada ahora, pero hubo veinte millones de euros, hasta hace unas ocho horas. Quiero decir, no veinte millones de euros, sino 696.119.665 rublos.

—¿Rusia?

—¡Ah!, mejor que eso. Novosibirsk. Tengo hasta la dirección de la sucursal bancaria donde se recibió la transferencia. ¿Quiere que se lo imprima?

—Sí, por favor. ¿Puede saber también quién es el titular de la cuenta?

—Sí, espere un momento... No ha sido nada fácil, padre. Los fondos salieron de Capitalia a una cuenta suiza numerada en UBS, uno de los mayores bancos suizos. Si se hubieran quedado ahí, ni hablar de titulares de cuenta, eso para los suizos es un sacramento. Pero los transfirieron al Banco Nacional de Ahorros ruso, y los rusos son un desastre con la confidencialidad. El titular de la cuenta en Irkutsk es el obispado de San José, que algunos todavía llaman de Siberia. La abrieron hace seis años y... sus fondos no habían superado nunca hasta ahora los cincuenta mil euros.

—No le sigo. ¿El dinero no estaba en Novosibirsk?

—El dinero estaba en una cuenta del banco. El obispado tiene la cuenta domiciliada en Irkutsk, pero el dinero lo han sacado en Novosibirsk en otra sucursal del Banco Nacional de Ahorros. Tiene que haber sido un titular autorizado. Hay quince personas autorizadas para retirar fondos —y tendiéndole a Gallego una hoja que acababa de salir de la impresora, añadió—: Aquí están todos los datos de la cuenta, titulares, personas autorizadas y también la dirección de la sucursal de Novosibirsk donde se sacó el dinero.

Quince personas. Quince sospechosos de haberse llevado veinte millones de euros. Gallego se concentró y ordenó sus pensamientos. Tenía que dividir el problema en partes lo más pequeñas posible y luego solucionarlas una a una.

—Vamos a ver —dijo finalmente—: ¿Sabemos quién autorizó la transferencia desde la cuenta del Vaticano a la cuenta suiza?

—No aparece en los registros. Figura como si UBS nos hubiera facturado un servicio. En esos casos se suele aceptar el monto y se anula la transferencia si hay problemas.

—Pues anulémosla.

—No puede ser. Todo ha ido muy rápido. UBS ya no tiene el dinero y no puede reclamarlo al Banco Nacional de Ahorros porque alguien lo ha sacado en efectivo.

—¿Y no podemos saber quién es el titular de la cuenta suiza?

—Los banqueros suizos no pueden divulgar los datos de los titulares de las cuentas numeradas a no ser que se sospeche que el dinero se está utilizando para tráfico de armas o de drogas. Si dan el nombre del titular de una cuenta, van a la cárcel. Yo no he conseguido jamás que me digan nada.

La discreción de los bancos suizos era legendaria y Gallego lo sabía bien. En el pasado la Santa Alianza había tratado de infiltrar agentes entre ellos sin demasiado éxito. De todas formas, no necesitaba que los suizos le dijeran nada. Sabía a dónde había ido el dinero. Algún idiota debía haber tecleado un cero de más en una transferencia al obispado ruso. La única duda era quién había sa-

cado el dinero en Novosibirsk y qué había hecho con él. Y conocía al hombre adecuado para averiguarlo.



Gallego salió del IOR y comió algo antes de seguir con la investigación. Tenía que ir a ver al responsable del *Russicum* y eso no era algo que pudiera hacerse con el estómago vacío. El *Russicum*, uno de los departamentos de la Entidad, estaba dedicado por entero a Rusia. Había tenido su momento de máxima gloria en el siglo XX, pero actualmente se mantenía como una de las secciones más importantes de la Santa Alianza. Ya no se dedicaba a hacer que sacerdotes católicos pasaran al Este o huyeran de él, como hizo desde la revolución rusa hasta la caída del telón de acero, pero seguía encargado de asegurar la difusión de la fe en un país tradicionalmente alejado del catolicismo. Y si alguien sabía todo sobre Rusia, era el jefe del *Russicum*, un hombre al que todos en la Entidad conocían simplemente como Vladimir. Nadie sabía su apellido y la Santa Alianza ni siquiera tenía la seguridad de que fuera ruso. Apareció a principios de los ochenta y el anterior responsable del *Russicum*, un alemán arisco y con pocos amigos dentro o fuera de la Entidad, le recomendó como su sucesor y se jubiló. No se sabe qué cualificaciones presentó Vladimir al comité que le contrató, pero le dieron el puesto sin entrevistar a ningún otro candidato.

Vladimir era un caso particular incluso en la Santa Alianza. Su departamento funcionaba como un servicio secreto dentro del servicio secreto. La opacidad del *Russicum* había llegado al punto de que en 1987 el *Sodalitium Pianum*, el servicio de contraespionaje vaticano, trató de colocar a uno de sus agentes como topo dentro del departamento. Vladimir lo envió a Ucrania, donde las autoridades soviéticas lo capturaron poco después de cruzar la frontera. Nunca más se volvió a saber del desventurado y nadie volvió a tener la ocurrencia de espiar al *Russicum*. Gallego sabía que Jovellanos era consciente de que Vladimir actuaba, a efectos prácticos, de forma independiente dentro de

la Entidad, pero el cardenal le trataba con respeto y accedía a sus peticiones, por extravagantes que fueran. En una ocasión, a principios de los noventa, Gallego estaba en el despacho de Jovellanos cuando Vladimir entró hecho una furia y exigió que se le dieran fondos para fletar dos petroleros totalmente cargados desde Kuwait hasta Letonia. Llevaba una autorización redactada y Jovellanos la firmó sin leerla. Gallego recordaba que le había preguntado al cardenal para qué demonios necesitaría Vladimir tanto petróleo. Jovellanos se había encogido de hombros y había dicho: «Después de lo que hizo en el ochenta y nueve con el muro no podemos negarle nada».

El despacho de Vladimir estaba en el cuartel de la Santa Alianza, al fondo de un pasillo interminable. Antes de que lo ocupase había sido un archivo y, a juzgar por la cantidad de papeles que todavía lo abarrotaban, no había dejado de serlo del todo. Enrique llamó a la puerta con fuerza. No quería correr el riesgo de sobresaltar a Vladimir. A veces el ruso reaccionaba de forma extraña ante las sorpresas.

—Adelante —contestó Vladimir y, nada más verle, añadió—: ¡Hombre! ¡El padre Gallego en persona! ¡Nuestro hermano 007! ¿Qué sucede, padre, había huelga de autobuses hoy en Roma?

—Ya está bien. Vengo con asuntos serios.

—Asuntos serios, asuntos serios... Todo el mundo tiene asuntos serios. Yo, en cambio, sólo tengo Rusia.

—Vladimir, no quiero decir que Rusia no sea importante.

—Rusia es un circo, y un circo necesita payasos.

—Tengo una cuestión sobre Irkutsk y el Banco Nacional de Ahorro que...

—¿Sabes que Irkutsk tiene un gran museo de arte? —interrumpió Vladimir—. El mejor de los Urales al Pacífico, dicen ellos, aunque claro, eso tampoco tiene demasiado mérito porque de los Urales al Pacífico no hay mucho más que estepa. Pero Chéjov decía que Irkutsk era una ciudad europea y eso sí que tiene mérito en medio de Siberia.

—Necesito saber por qué se han transferido veinte millones de euros a una cuenta del obispado de San José en Irkutsk.

—Pregunta al IOR.

—Vengo de allí. No tienen ni idea. La transferencia se hizo con un banco suizo de intermediario, así que sólo sabemos que el dinero fue a Irkutsk, a una cuenta del obispado de San José y que hoy mismo lo sacó en efectivo en Novosibirsk uno de los titulares de la cuenta.

—Bueno, no tenemos demasiada gente allí. ¿Sabes el número de cuenta y cuándo sacaron el dinero?

—Aquí lo tienes —dijo Gallego alargándole la impresión que se había traído del IOR—. Está también la lista de titulares.

—Permíteme un momento —dijo Vladimir descolgando el teléfono—. Ahora deben ser en Irkutsk... —consultó su reloj— las nueve y media de la noche...

Y se lanzó a una charla de veinte minutos en ruso con alguien al otro lado de la línea. Gallego esperó pacientemente cruzado de brazos mientras Vladimir gesticulaba y reía. Por fin colgó el teléfono.

—Al parecer tu dinero lo sacó un sacerdote del obispado.

—¿En efectivo? ¿Pudo sacar casi setecientos millones de rublos en efectivo?

—Avisó a la sucursal de Novosibirsk el día antes de la transferencia y llamó para confirmar que tuvieran el efectivo disponible. Novosibirsk no es un pueblo. Los bancos tienen dinero.

—¿Y sabemos el nombre de ese sacerdote?

—Alexei Ivanov. Lo más increíble es que dejó recado en el obispado de Irkutsk de que iba a Novosibirsk a sacar unos fondos transferidos desde Roma para una gestión allí. Por lo visto —añadió garabateando un nombre en cirílico en un papel y entregándoselo a Gallego— dejó dicho hasta dónde se va a alojar hoy. ¿Por qué hemos mandado tanto dinero a Siberia? ¿Queremos construir una iglesia nueva?

—No lo sé. ¿Con quién hablabas?

—Con el obispo, un buen amigo mío.

—¿Y no se extrañó de que se transfiriese todo ese dinero?

—¿Que si no se extrañó? No tenía ni idea de cuánto dinero era. Cuando se lo he dicho se le ha atragantado el vodka. Ivanov sólo le

había dicho que se iba a Novosibirsk para hacer una gestión que le habían ordenado desde Roma.

—¿Quién de Roma?

—Eso habría que preguntárselo a Ivanov. El obispo no le dio importancia al viaje de un sacerdote de Irkutsk a Novosibirsk. Allí son cuatro gatos y a veces hay que substituir a alguien enfermo o desplazarse para hacer gestiones en otras ciudades.

—Ya veo. ¿Has tenido que apretarle mucho para que te contara todo eso?

—No, la verdad. De hecho me lo ha dicho todo de entrada. Pero hacía mucho que no hablábamos, ¿sabes? Después de todo, nunca va mal saber cómo anda todo por allí.

—Está bien. ¿Tiene aeropuerto Novosibirsk?

—Tiene, pero no te va ser fácil encontrar un vuelo con menos de dos escalas.

—Está bien. Gracias, Vladimir.

—Gallego, el obispo dice que ese Ivanov es un buen hombre. No puede creer que haya hecho nada malo. Además, si vas a robar esa cantidad de dinero, no dejas dicho a todo el mundo cuándo y cómo piensas hacerlo.

—Vladimir, no voy a hacerle nada a ese hombre. Sólo quiero hablar con él.

—Lo que quiero decir —dijo Vladimir— es que trates de que salga vivo de la conversación.

Gallego se dirigió hacia la puerta. En el umbral se volvió y dijo:

—Sabes, Vladimir, empiezo a creer que cuando mi reputación entra en una habitación no suele quedar espacio para mí.